

ACTO QUINTO

La misma decoración del acto primero.

Al levantarse el telón, estará en un rincón doña Jimena, con ropas de duelo, hilando, como en el primer acto y con los ojos llenos de lágrimas. Doña Sol, también de luto, escucha, con la cabecita pegada á una puerta lateral derecha, que estará cerrada

DOÑA JIMENA

¿Qué hace, hija Sol?

DOÑA SOL

Oigo el ruido
de sus pasos por el cuarto;
no para, no se detiene...
¡Oh, qué tormento escucharlo!
¡padre mío!—¡Y tantos días
como un león encerrado
en la estrechez de su jaula;
sin amigos, sin descanso,
sin desnudarse la cota,
casi sin probar bocadol...

DOÑA JIMENA

Al volver del Robledal
se encerró; sus enviados
Téllez Muñoz y Gil Bustos,
á la noche, cabalgaron
para Carrión; Alvar Fañez
partió á Toledo, á hacer cargos
al Rey, que juzgará en Cortes;
él no dejará su cuarto
que el Rey no le haga justicia
ó tornen sus enviados...

DOÑA SOL

Observando por una grieta.

Abre el ventanal: el viento
ha derribado á su paso
un estandarte; él lo coge...
lo abraza... ¡llora!... ¡oh, este llanto,
madre, me destroza el alma!
¡y no poder consolarlo!

Doña Jimena se levanta, yendo á separarla de la puerta.

¡Madre! ¡qué infelices somos
tan solas, en estos pasos
que ni tú ni yo entendemos,
cuitadas, pequeñas de ánimo!
¡Si Elvira estuviese!...

DOÑA JIMENA

¡Calla!

DOÑA SOL

¡Ella sabría aquietarlo!

DOÑA JIMENA

Calla...

DOÑA SOL

¡Tenían iguales
ella y mi padre los ánimos!

DOÑA JIMENA

¡Funestos ánimos, hija,
que nos la han arrebatado!

DOÑA SOL

¡Madre! ¿no esperas que vuelva?...

DOÑA JIMENA

Puesto que vivo, la aguardo.

DOÑA SOL

¡Oh, cómo no tuve fuerzas
aquella noche, en el campo,
cuando se partió de todos,
para agarrarme á sus manos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO TELLES"
1924-1925 MONTERREY, MEXICO

Ligaduras de mis trenzas
debí hacer; cortarle el paso
con mi cuerpo, echar tras ella
si no cedía, arrojando
todo, hasta la muerte, madre,
antes que este desamparo!
Pero, volverá, ¿no es cierto?

DOÑA JIMENA

Si que volverá; la aguardo.

DOÑA SOL

¿Recuerdas cómo ganaba
las ventanas al ocaso?
Clavaba los negros ojos
por la extensión de los campos;
bebía la luz del sol
como las águilas; manto
de reina llamaba al mar
y al sol corona de rayos...

DOÑA JIMENA

Tú te arrebujabas, toda
medrosica, en el ocaso,
y me pedías consejos...
¿recuerdas? ...

DOÑA SOL

Y ella, mirándonos,
se reía de nosotras;
pero á veces, apartando
los codos del ventanal,
venía cerca á escucharnos...

DOÑA JIMENA

¡Qué pocas veces!...

DOÑA SOL

¿Recuerdas...
cuando contabas el caso
de aquella moza gallega...

DOÑA JIMENA

Es verdad...

DOÑA SOL

...que salió al campo,
armada de todas armas,
á vengar unos agravios,
con la lanza de su padre
y el espadón de su hermano...?

Transición.

Madre Jimena, ¿en qué piensas
que la color has mudado?

DOÑA JIMENA

En nada... Y tú, ¿qué decías?

DOÑA SOL

Adivinando la sospecha de su madre.

Nada, madre.

Ruido en el cuarto del Cid.

DOÑA JIMENA

Oigo en el cuarto
un rumor...

DOÑA SOL

Será del viento.

DOÑA JIMENA

Más fuerte...

DOÑA SOL

Serán sus pasos...

DOÑA JIMENA

Llégate á mirar.

DOÑA SOL

Mirando en la puerta lateral, por la misma grieta de antes.

Es padre
que el ventanal ha cerrado.

Vuelve á mirar.

¡Se ciñe la espada!... ¡Sale!
¿Qué pasará?

Se retira de la puerta. Se abre ésta violentamente y el Cid, demacrado, envejecido, dando la impresión de los días de sufrimiento transcurridos, aparece en escena; trae las barbas añudadas en su mitad por una cuerda blanca de esparto, como dice el poema, en señal de duelo y humillación.

CID

¡Mis soldados!

DOÑA JIMENA

¿Qué sucede?

CID

Asomándose al ventanal.

¡Izad de nuevo
mi estandarte en lo más alto!
¡Dad al aire las campanas!
¡Enjaezad los caballos!
¡haya fiesta en toda casa,
lo ordena el Cid, castellanos!
¡Todos mis hombres de guerra,
corran por todos mis campos
y abrid las puertas, que vuelven!

DOÑA JIMENA

¿Mi hija?

CID

No: mis enviados.

Comienza en este momento una animación creciente en torno del Alcázar que terminará con la llegada de los enviados a la sala.

Les ví venir á lo lejos;
les ví venir cabalgando,
con tanta nube de polvo
que la luz del sol cegaron.
Hasta que les tuve cerca,
mi corazón se ha parado;
primero, me anunció el triunfo
el trotar de los caballos;
después lo ví en sus pendones
volando sobre los cascos.

VOZ

Dentro.

¡Vénia para entrar!

CID

¡La tienen
mis leales castellanos!

Entran los enviados rodeados de un buen golpe de gente curiosa. El Cid, sin dejarles hablar, dice al verles:

Habla primero, Alvar Fañez,
que eres mi mano derecha;
deja razones á un lado,
que mi ansia no las tolera.

ALVAR FAÑEZ

El Rey ha juntado Cortes;
yo te he mantenido en ellas,
la sentencia ha sido justa,
mío Cid, el Rey te venera.

Le besa las manos en nombre del Rey.
El Cid se desañuda las barbas gritando.

CID

¡Barbas mías, volad libres
que ya pasó la vergüenza!
¡Habla tú, Téllez Muñoz,
y Dios te mueva la lengua!

TÉLLEZ MUÑOZ

Fuimos al juicio de Dios;
yo mantenía la enseña
contra don Diego; hubo un golpe
con el que midió la arena;
cruzamos las dos espadas;
quedó muerto al filo de ésta.

Ofreciéndole su espada al Cid; Rodrigo
la toma y dice ciñéndosela.

CID

Yo he de colgármela al cinto
y han de enterrarme con ella.
Habla, Gil Bustos...

GIL BUSTOS

Yo solo
No merezco gracias vuestras.

Expectación.

CID

Con sordo recelo.

¿Triunfó don Fernando?

GIL BUSTOS

No.

CID

¿Pues cómo dices?...

GIL BUSTOS

Mi enseña
metí en la plaza á la vez
que se iba entrando por ella,
á combatir por el Cid,

otro caballero; alegan
los jueces de campo, al verle,
que él presentó sus querellas
dos días antes; le cedo
mis derechos; hacen seña,
da la cara don Fernando
y el juicio de Dios empieza.
Con toda la furia parte
tu caballero á derechas;
tropiezan los dos caballos
y las dos lanzas se encuentran;
la del caballero rompe
su cota al Infante: á tierra
viene don Fernando: tiene
una daga en la siniestra,
y cuando á la última lucha
tu caballero se apresta,
don Fernando, moribundo,
le hace una herida con ella.

DOÑA JIMENA

¡Una herida!

GIL BUSTOS

En el costado:
la cota quedó sangrienta.

*Doña Jimena y Doña Sol se abrazan y
siguen escuchando con manifiesta ansie-
dad.*

No desmaya el caballero,
su mano á la herida lleva;

y con la diestra le arranca
la tizona, que sujeta
tenía al cinto el Infante...
Sale cabalgando... Nuevas
pedimos á todos de él:
nadie nos ha dado nuevas.

Un gran silencio.

CID

¿Sus señas?

GIL BUSTOS

Yo pensé, al verle,
si Pero Bermúdez era:
hierros dobles, lanza corta,
yelmo bajo y ropas negras:
la cara llevaba oculta
en una celada recia.

Los ademanes de todos los que atienden á este final del relato de los enviados, han de indicar la trágica sospecha que pasa por la escena.

DOÑA SOL

En voz muy baja; los ojos llenos de lágrimas.

¡Madre!

DOÑA JIMENA

¡Hija mía!

Se callan, después de darse á entender algo con los ojos; gran silencio en todos; en el Cid, calma, dominio, voluntad de sobreponerse á la situación.

CID

Calláis

todos como si temiérais;
¿ó el ver viudas á mis hijas
os causa á todos tristezas?
¡Yo he de encontrarles maridos
dignos de mí y dignos de ellas!

Después de una pausa, á los enviados.

¿No hubo más?

ALVAR FAÑEZ

Dos caballeros
que también con sus enseñas
á mantenerte acudieron,
nos han seguido á Valencia;
lucida tropa cabalga
con ellos; ante las puertas
de la ciudad se han parado
y nos han dado estas letras:

Le entrega un pliego.

tú las leerás, Rodrigo,
y dictarás la respuesta.

El Cid, ante el silencio de todos y con muestras de vivo transporte, lee los pliegos que le entrega Alvar Fañez.

CID

Después de leer.

¡Fatalidad!... ¡ahora que *ella* me falta!

Reparando en el grupo que forman Doña Sol y Doña Jimena.

Pero, ¿á qué dudo?... ¡mi Sol está viva!...
¡Por fin!... ¡mi casa ha triunfado del tiempo!...

Dice esto con palabras entrecortadas de emoción y como hablando consigo mismo, en voz baja y vaga. Sale de su ensimismamiento; sacude los hombros y se pasa la mano por los ojos como apartando de ellos la magnífica visión que le obsesiona; se vuelve á hablar á la asamblea y dice recordando todo el imperio de su voz.

¡Dejadme á solas!...

Sumisas sus gentes se disponen á salir. El Cid da unos pasos hacia ellas, agregando:

Y quiero que se hagan fiestas, ¡más fiestas que nunca en Valenciá!
¡Arda, en la noche, una lumbre de hogueras!
¡háganle coro, sonando, atabales!
Y si alguien viera en la plaza, en la calle, en los linderos del campo, en el monte un caballero vestido de negro con mi tizona en el puño: lo tenga, —sea quien sea—¿entendéis mis palabras? por su Señor y lo traiga al Alcázar, y, si está herido, le dé su caballo!

Con un murmullo de asentimiento sale la gente. El Cid con su propia mano va reteniendo á los que nombra; éstos quedan en la estancia y le rodean con curiosidad ansiosa.

¡Tú, queda aquí, mujer mía Jimena, que en tantos años me has sido sumisa; y tú hija Sol, mi esperanza de gloria, y tú, Muñoz, mi sobrino y mi sangre, torre avanzada de nuestra familia; y tú, Alvar Fañez, mi brazo derecho, mi familiar, por la ley que te tengo!

Han desaparecido todos los restantes éstos que el Cid ha nombrado, le contemplan ahora, interrogándole; el Cid les mira también y enterneciéndose á la vista de su hija, dice:

CID

Llega, hija Sol...

Se acerca la dñcella; el Cid se habrá sentado en un viejo sillón, y su hija, obediendo á una tierna presión del padre, acaba por quedar casi arrodillada á sus pies.

¡Qué cabeza de oro, qué frente blanca para una corona!
¡Mirame!... ¡Así!... Quiero ver en tus ojos la majestad de los juicios divinos... Tú, que aun hoy eres mi hija y mi hechura, déjame ver cómo llega mi sangre al privilegio real de la gracia...
¡Mira si son estas barbas de nieve,

y el hombre duro y el hierro glorioso
y la vejez de la encina paterna,
sitio seguro en que tiendan los paños
para que nazca á la vida una reina!

DOÑA SOL

Que no le entiende.

¡Padre!...

CID

Estrechándola con transporte.

¡Oh, sí, dilo; sí, dame este nombre;
que aun eres mía, y le tengo derecho,
y él viene á mí, como lumbre á las cosas,
que les da vida y las deja doradas!...

DOÑA SOL

¡Padre!...

CID

¡Sí, dilo! ¡Que llevas mi sangre
y he puesto en tí lo mejor de mi vida:
peñasco recio, ha nacido una fuente
de mis entrañas... y corre... y va lejos
pero fué mía, y tendrá eternamente,
todo el sabor del peñasco en sus aguas!

DOÑA SOL

Extrañada de lo que oye; procurando calmarle.

Padre, ¿y cómo podría olvidaros?
Decís palabras extrañas... ¿Qué os pasa?
¿Qué dolor nuevo...?

CID

Bruscamente: dirigiéndose a Minaya.

Responde, Minaya:

tú, que en las marchas llevabas mi izquierda,
¿por qué salió de Cardeña Rodrigo?
¿Por qué su lanza no tuvo reposo
y el brazo suyo ha metido hasta el codo
en los carbones ardientes del campo?

MINAYA

Será, Señor, ya que el Rey os echaba,
que habéis querido volver á Castilla,
dueño de tierras, con honra que darle...

CID

¿Y quién habló de volver á Castilla,
ni tras qué monte, en qué llano encontrarla,
sí, cuando el Cid desterrado salía,
Castilla vino al destierro conmigo?
No; tú me has dado la mano, Minaya,
y en las disputas oí tu consejo,
y has sido siempre una lanza cumplida;
pero la estrella del Cid no la has visto;
tu lealtad es mayor, porque es ciega.

Todos le escuchan con la mayor ansiedad. Hay una pausa. El Cid, como en un raptó, prosigue.

¡Salí del Rey, no salí de Castilla!
 Subíme tanto al tomar juramento,
 que ya, después, descender no podía.
 ¡Salí del Rey: no cabíamos juntos
 en solo un reino, aunque es ancha Castilla!
 ¡No ví lindero á mis pasos; mi espada
 sembró el terror en el tránsito duro.
 y no podía pactar, y pactaba;
 y no era Rey, y cobraba tributos!
 Al moro tuve de amigo y mis gentes
 pusieron grillos á un Conde cristiano.
 Dí libertad, cuando quise, al cautivo;
 no pregunté qué señor lo regía
 cuando, por dar un reparo á mis hombres,
 quise tomar, una noche, un castillo.
 ¡En el supremo albedrío del campo,
 cuestras abajo, en los montes sin dueño,
 toda la vida giraba á mis ojos
 con solo un punto de apoyo: mi brazo!
 ¡Con qué secreta delicia, en los altos,
 en el desorden del campo vencido,
 sobre astas rotas y enseñas caídas
 y gente muerta y tendales deshechos
 cuando á partirse el botín iban todos,
 ¡yo mismo hacia la parte á mi Rey!
 ¡Siempre escogí los caballos mejores
 y los pretales de más cascabeles
 les puse á todos, que hicieran ruido,
 calle adelante, al entrar en la corte!
 Y fué mi premio, después de las luchas,

aquella parte del Rey; que yo hacia
 por voluntad, ¡qué podía negarle!
 ¡Oh, cómo entonces tocaban mis manos,
 mi piel sentía, bebían mis ojos
 toda la esencia y razón de mi vida:
 el privilegio cosido á mi lanza
 y el estar fuera de ley! ¡siempre solo!
 ¡Fuera de ley es la ley en mi tierra!
 ¡Por ende sigue mis pasos Castilla,
 y, sin querer, mis huestes me empujan
 siempre adelante, á las nuevas conquistas,
 contentas ya en los primeros provechos,
 á nueva tierra, á ciudades mayores,
 á camppear, á vencer, á dominio!
 ¡Casa de jueces, con alma de reyes,
 era mi casa y mi brazo responde
 del privilegio que falta á mi sangre!

Transición. Se vuelve á Doña Jimena;
 desaliento, voz baja, casi confidencia.

Pero pasaron los años, Jimena;
 donde hubo incendio las nieves se aprietan;
 hombre de brazo, mi brazo se cansa,
 y lo que tuve hasta hoy por la fuerza,
 quiero tenerlo de hoy más por la gracia.

Radiante, muestra el pergamino que Alvar Fañez le dió; dirigiéndose á Doña Sol,
 dice:

Antes de entrar en Valencia á servirme,
 en estos pliegos, que son mi victoria.
 me pide el Rey de Navarra tu mano,
 me pide el Rey de Aragón la de Elvira...